

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS: *Conservadurismo heterodoxo. Tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009, 228 págs.

El profesor González Cuevas, especialista en la trayectoria intelectual y política de la derecha española, nos ofrece en este libro un trabajo sobre tres visiones peculiares del pensamiento conservador. Uno de ellos, Maurice Barrès, de origen francés; los otros dos, españoles. Sobre el primero, el lector se encontrará con un análisis del pensamiento del escritor lorenés y, sobre todo, de su proyección en España. Por lo que respecta a Ortega, vamos a enfrentarnos a una visión del pensador español más conocido del siglo XX desde una perspectiva que lo sitúa en la tradición conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora es el tercer protagonista de este libro. González Cuevas ha trabajado a fondo el pensamiento y la obra de Fernández de la Mora, por lo que puede decirse que es uno de los mayores especialistas en él. El estudio que lleva a cabo en *Conservadurismo heterodoxo* pretende ubicar a Fernández de la Mora en su contexto intelectual para calibrar la agudeza de sus ideas. Estos tres trabajos fueron ya publicados anteriormente en varias revistas como *Historia Contemporánea*, de la Universidad del País Vasco, la *Revista de Occidente* y la *Revista de Estudios Políticos*, pero ahora han sido revisados y puestos al día por el autor, por lo que nos encontramos ante una buena oportunidad para acercarnos a tres autores fundamentales dentro de la historia intelectual europea.

El primer capítulo, titulado «Maurice Barrès en España», comienza presentándonos al pensador francés dentro de un paisaje intelectual convulso como

fue el de la Francia de la Tercera República. En este periodo se configuró no solo su visión del mundo, sino la forma de expresión de su pensamiento. Barrès, nos dice el autor, no fue un teórico de la política en el sentido clásico, es decir, no pretendió analizar los fenómenos sociopolíticos de su tiempo siguiendo una vía que pudiéramos llamar científica, sino que, poseedor de un claro temperamento artístico, aplicó su propia subjetividad para explicar el mundo. En este sentido, Barrès se hallaría lejos de otros pensadores contemporáneos y en particular de otro de los grandes teóricos de la derecha francesa como Charles Maurras. No será este el único elemento que le separe de Maurras y de buena parte de la derecha francesa. Hay otro tema al que González Cuevas da gran importancia para poder entender no solo el pensamiento de Barrès, sino la ambigüedad de su proyección en su país y en el exterior. Se trata de la cuestión religiosa. Como es sabido, Barrès no era creyente, lo que no constituyó obstáculo para que considerase a la religión uno de los grandes pilares de la tradición nacional. Sin embargo, tuvo la perspicacia de saber evaluar la importancia que la secularización de la sociedad estaba alcanzando en su tiempo. Sus observaciones acerca del carácter transformador de la secularización social hacían inviable un proyecto nacional que tuviera como objeto la unidad religiosa, por lo que había que basar cualquier propósito de unidad en parámetros que no fueran los religiosos. Es decir, se hacía necesario buscar otros soportes trascendentales a la idea nacional. A este respecto, recoge González Cuevas unas palabras de Barrès, pertenecientes a su trabajo «Nationalisme, déterminisme», que contribuyen a aclarar estas ideas y que apuntan su propia concepción de la nación: «Los católicos ven en el patriotismo una prolongación de la moral. Es sobre los fundamentos de la Iglesia que se fundamenta su idea de Patria. Pero, ¿si no soy creyente? Para un cierto número de personas, lo sobrenatural ha caído. Su piedad tiene un objetivo que no está en los cielos. Yo he devuelto mi piedad del cielo a la tierra, a la tierra de los muertos». De este modo, como observa el autor, Barrès otorga a la nación un carácter trascendente al transferirle los atributos divinos. Por otra parte, estas breves frases nos ofrecen otro de los ingredientes clave para entender su concepto de nación: la nación entendida como la tierra de los muertos, el espacio de los antepasados, con sus tradiciones y su historia; un espacio en el que se socializa el individuo, ya que este no es un ser aislado, sino producto y resultado de la tradición. Desde este punto de vista, la nación es un organismo, de ahí que le sea relativamente sencillo incorporar elementos populistas a su discurso.

La relación de Barrès con España constituye la segunda parte de este análisis sobre el pensador lorenés. Barrès visitó nuestro país en varias ocasiones: 1892, 1893, 1895 y 1902. Escribió varios trabajos, la mayor parte de ellos recogidos en *Du sang, de la volupté et de la mort*. Su visión de España está condicionada por una perspectiva romántica que filtra sus observaciones por el tamiz de lo estético, por eso no es de extrañar que Barrès fijara su atención en elementos como el paisaje, la ciudad de Toledo, el monasterio de El Escorial o la pin-

tura del Greco. Su concepción de España como país dual procede, precisamente, de la proyección de la subjetividad en el paisaje, que da lugar a la contemplación de un país con dos caracteres complementarios forjados en su relación con el entorno y con la historia. Actualiza Barrès el estereotipo decimonónico sobre España y construye alrededor de Toledo (de quien, afirma González Cuevas, es el intérprete por antonomasia) una simbolización de la nación española y de su condición histórica y espiritual. Por lo que respecta a la influencia de Barrès en los pensadores españoles, González Cuevas insiste en que su rastro se percibe más en el terreno de la estética que en el de la política, pues en los caracteres definitorios de la derecha española, dominados por una cosmovisión católica, no había espacio para los planteamientos barresianos.

El segundo bloque del libro está dedicado a José Ortega y Gasset, a quien González Cuevas analiza en su trayectoria intelectual y en su diálogo con los problemas de España. Interesan al autor, prioritariamente, las reflexiones políticas que se derivan de sus escritos filosóficos y pone el énfasis en la manifiesta vocación de liderazgo de Ortega. Sitúa al filósofo en el ámbito intelectual de una derecha liberal que ha aceptado los cambios acaecidos con las revoluciones liberales y que parte en sus reflexiones sobre la sociedad de tales transformaciones. Nacen ahí, precisamente, sus ambiciones (frustradas) de ser la encarnación del nuevo liberalismo; de ser el ariete de la renovación ideológica de un liberalismo que necesitaba adaptarse a los nuevos tiempos. El elemento heterodoxo en Ortega procede de su laicismo que, según el autor, es lo que le permite ofrecer una interpretación de la política marcada por apreciaciones de orden sociológico y pragmático que no se observan en la derecha inserta en lo que Cuevas ha denominado en varias de sus obras «teología política». Según el enfoque que se ofrece en el libro, los problemas que preocuparon a Ortega determinaron en buena medida su análisis sobre el país, en particular la cuestión de la invertebración nacional y, en otro orden de cosas, la ausencia de élites en la sociedad española. Todo ello conduce, como no podía ser menos, a un replanteamiento acerca de lo que es la democracia y de su viabilidad como forma política. Según la visión que nos ofrece González Cuevas, Ortega habría partido de una concepción liberal acerca de la democracia que entró en conflicto con las realidades del país. Para Ortega, el momento crítico vino de la mano de la Segunda República, momento en que sus intentos pedagógico-políticos mostraron su infertilidad y en que su concepción elitista de la democracia chocó con lo que significa la democracia en una sociedad moderna, una sociedad de masas. El conflicto entre elitismo y democracia de masas se resuelve en Ortega en una incompreensión, no del fenómeno de la sociedad de masas (del que fue, como todo el mundo sabe, un sólido teórico), sino de la evolución lógica de la democracia liberal en una sociedad moderna y basada en las clases medias. En este sentido, González Cuevas recoge unas palabras de Giménez Caballero que contribuyen a aclarar estas ideas. Decía el escritor y diplomático madrileño que Ortega tuvo miedo de las consecuencias políticas de sus ideas y planteamientos. Obviamente-

te, desde una perspectiva conservadora como la de Giménez Caballero, la defensa de la democracia no podía más que conducir a la tiranía de las masas. Sin embargo, en sus observaciones sobre Ortega se dejan ver los grandes dilemas del liberalismo en el periodo de entreguerras. Habría sido interesante que el autor del trabajo que aquí se comenta hubiera puesto en relación estas dudas de Ortega sobre la situación española en la Segunda República con sus reflexiones sobre la crisis de la democracia liberal en otros países europeos más desarrollados políticamente.

Una de las cuestiones más relevantes de las que aparecen en este capítulo dedicado a Ortega es la lectura que se ha hecho de su obra y de su recorrido político tras su muerte. Si bien es cierto que un conjunto de circunstancias acabó haciendo de él un superviviente en el nuevo régimen creado por Franco, la ofensiva desatada en su contra por parte de los sectores clericales y la seducción que su pensamiento generó entre los franquistas más jóvenes recrearon su trayectoria hasta convertirlo en una especie de símbolo de la nueva España, dirigida por una élite concienciada, moderna y patriótica. Lo mismo cabe decir de la lectura, inversa, que hicieron de su legado los estudiantes antifranquistas, para quienes Ortega merecía ser rescatado de las esferas de la derecha y ser leído en función de su defensa del laicismo y del liberalismo. La recepción de su pensamiento por parte de la nueva derecha ha hecho hincapié, una vez más, en la controvertida cuestión de la democracia y su relación con la libertad, elemento fundamental para entender el profundo conflicto personal y político que hay detrás de la obra de Ortega. Recoge González Cuevas unas observaciones de Lorenzo Bernaldo de Quirós sobre el filósofo que reflejan el dilema político del que se habla aquí. Quirós criticó en Ortega los «posos antidemocráticos» de su pensamiento y sus problemáticas consecuencias en el ámbito de la libertad. Por último, se dedican unas palabras al tratamiento que ha tenido la figura de Ortega en la derecha política contemporánea, tanto en José María Aznar como en otros conservadores. Se señala que, paradójicamente, en sus primeros tiempos Aznar encontrara más afinidades con el pensamiento de Azaña que con el de Ortega, del que solo tomó su concepción de la nación. El intelectual conservador que ha consagrado más tiempo y energía al estudio del pensamiento de Ortega ha sido Ignacio Sánchez Cámara, para quien la clave del pensamiento del filósofo madrileño hay que buscarla en la relación entre la «aristocracia social y la democracia política».

La última parte de *Conservadurismo heterodoxo* es la dedicada a Gonzalo Fernández de la Mora, pensador sobre el que González Cuevas ha trabajado repetidas veces a través tanto de sus obras como de su archivo personal. Ha publicado los resultados de sus investigaciones en revistas como *Sistema*, *Razón Española* y *Cuadernos de Historia Contemporánea* (UCM). El texto que aquí se presenta tiene su origen en un artículo publicado en el año 2007 en la *Revista de Estudios Políticos*.

Con Fernández de la Mora, González Cuevas nos traslada ideológica y cronológicamente al franquismo y a los desafíos con los que se enfrentó el conservadurismo en estos años. ¿Por qué calificar a Fernández de la Mora de conservador heterodoxo? La respuesta que nos da el autor se halla tanto en su formación como en trayectoria vital. Fernández de la Mora puede ser considerado uno de los más sólidos pensadores de su época, con una preparación intelectual muy amplia y diversa. Por otra parte, su condición de diplomático le otorgó un barniz cosmopolita que le alejaba de la cerrazón nacionalista de muchos de sus contemporáneos. Su preocupación por las cuestiones de tipo teórico puede ejemplificarse en la revista *Razón Española*, que creó en 1983. Con Fernández de la Mora la derecha española entra, según González Cuevas, en una aceptación de la sociedad moderna y tecnificada y, por lo tanto, en el abandono de la cosmovisión religiosa. Esta aceptación de lo evidente no está exenta, desde luego, de lo que el autor llama un «desencanto del mundo», es decir, una adaptación a la realidad plagada de añoranzas. Hay en Fernández de la Mora una convivencia entre el pragmatismo económico (cuyas raíces González Cuevas encuentra en Maeztu) y un ideal moral que parte del monarquismo y que le conducirá a la aceptación del régimen de Franco. Esta aceptación del franquismo no se produjo sin censuras a ciertos aspectos ideológicos e institucionales del régimen. La mayor parte del texto dedicado a Fernández de la Mora se centra en el análisis de su obra *Pensamiento español*, que publicó en varios volúmenes entre 1963 y 1969. Este trabajo, que tuvo una repercusión enorme en su tiempo, presenta una personal lectura del conservadurismo español, en particular, y del pensamiento nacional, en general, que incluye a los exiliados, lo que no dejó de suponer una novedad en el panorama intelectual del franquismo. En definitiva, la visión que nos presenta González Cuevas de Fernández de la Mora contribuye a conocer su figura y nos plantea dudas que esperamos resolver en próximos trabajos, sobre todo cómo se compagina la crítica, por muy velada que sea, al régimen con su desempeño de puestos en el mismo y su colaboración con distintas instituciones y personas influyentes. Esta cuestión, dejando al margen los planteamientos lógicos en cualquier trayectoria humana, presenta una cierta perplejidad acerca de su verdadero compromiso con los referentes básicos de la libertad. La explicación puede encontrarse en su rechazo a la Constitución de 1978, lo que le llevó a abandonar el partido Alianza Popular, en el que militaba por entonces.

Raquel Sánchez,
Universidad Complutense de Madrid